

CAPITULO CUARTO.

Desde la revolucion de 1789 hasta la aparicion de Royer-Collard en 1811.—
Desttut Tracy.—Cabanis.—Volney.—Garat.—Gall.—Bentham.—Gioja.

Durante la revolucion, las armas ocuparon el lugar de las letras, hasta que, restablecido el orden y puesta la corona del imperio en la cabeza de Napoleon, se anudó el hilo interrumpido, y continuaron sus trabajos científicos los filósofos y literatos que habian salvado del naufragio. Reprimidas todas aquellas exageradas é irracionales declamaciones contra las creencias religiosas y contra el antiguo régimen, el partido filosófico se estrechó al campo de la filosofia, y poniéndose todos como de concierto y en una relacion íntima, sostenida por Madama Helvecio en la sociedad de Autevil, tomaron una bandera con el nombre de *escuela ideológica*, y militaron bajo de ella Sieyes, Cabanis, Volney, Garat, Chénier, Ginguené, Turot, Daunou y Desttut de Tracy. La bandera no fué nueva en el campo de la filosofia, puesto que no es posible concebir un sistema filosófico, en el que no sea objeto de estudio el origen y formacion de las ideas; sino que, como el sistema empírico habia proscripto toda metafisica y toda ontologia, y no quiso reconocer otra fuente de ideas que el mundo

exterior; y como el mundo exterior solo da sensaciones, es claro que, á los ojos de estos filósofos, la verdadera ciencia está reducida á la teoría de las sensaciones y de las ideas, y que lanzarse en otras ideas que no vengan por las sensaciones, es lanzarse en el mundo de las quimeras; y consecuencia de todo que la cuestion del origen de las ideas es la gran cuestion, y que toda la filosofía y todo el saber humano esta reducido y compendiado en la ideología. Este es el fundamento que tuvieron estos filósofos para llamarse ideólogos, y constituir en este concepto una escuela determinada que no se confunde con ninguna otra, y que á la misma expresion de ideología da un significado que no tenia antes; porque solo le dieron la que estaba en el círculo de las ideas de estos filósofos. Los ideólogos no por eso dejaron de ser fieles discípulos de Locke y Condillac, y no hicieron mas que desenvolver sus doctrinas segun el punto de vista bajo el que quiso cada uno examinarlas. Recorramos las principales.

Desttut de Tracy fué como el metafísico de esta nueva escuela, y sus opiniones están consignadas en varias obras, y especialmente en sus *Elementos de ideología*. Condillac veia en todas las facultades del alma otros tantos modos de nuestra facultad de sentir, y todas las operaciones de estas facultades no eran á sus ojos mas que la sensacion trasformada, siendo infinito el número de estas trasformaciones. Tracy reduce á cuatro todas estas trasformaciones, que son sensaciones propiamente dichas, recuerdos, relaciones y deseos, que corresponden á cuatro facultades en el alma, que son: sensibilidad, memoria, juicio y voluntad; y todas se resumen en la facultad de pensar, y la facultad de pensar en la de sentir, y pensar es sentir, siendo, como se ve, el origen de todas nuestras ideas la sensibilidad. En otra obra, titulada *Tratado de la voluntad y sus efectos*, desenvuelve sus doctrinas morales, conformes en un todo con su principio metafísico. Para Tracy no no se reconocen otros deberes ni derechos que los que nacen de las necesidades y de los modos de satisfacerlas; y por lo tanto,

no reconoce las ideas de lo justo y de lo injusto; y de aquí deduce la siguiente máxima; «que nuestros derechos no tienen límites, y que nuestros deberes están reducidos á la obligacion general que tenemos á satisfacer nuestras necesidades.» Asi, no es extraño que Tracy haga grandes elogios de Hobbes, y que le suponga el verdadero fundador de la moral, y no es extraño tampoco que cuando el Instituto ofreció premio á la memoria que presentára mejor plan de educacion nacional, Tracy en la suya aconsejara la creacion de una buena gendarmería y penas irremediables, para que fuera siempre unida la idea de pena á la de crimen. Cuando se busca la moral en el mundo de la materia, no queda otra salvacion que la fuerza bruta como quien gobierna fieras.

Si Desttut de Tracy fué el metafísico de la escuela ideológica, Pedro Juan Cabanis fué el fisiólogo. Sus principios están consignados en la obra que publicó en 1779 con el título de *Relaciones de lo físico y de lo moral del hombre*. Por lo pronto es un fiel discípulo de Condillac, y reconoce la sensacion como origen de todos los hechos del alma; pero quiso penetrar su naturaleza y origen, y de esta manera completar y crear todo un sistema filosófico. La sensibilidad, dice, reside en los nervios; y la prueba es que, hecha una fuerte ligadura en cualquier parte de nuestro cuerpo, la parte exterior se hace insensible. Pero la sensacion se verifica en dos tiempos: en el primero, recibida la impresion de los objetos exteriores, marcha la sensacion de las extremidades del cuerpo al centro del órgano, y llegada allí, reobra, marchando del centro á la circunferencia. Estando pues en los nervios toda sensibilidad, y siendo la sensacion origen de todas nuestras facultades, Cabanis convierte los nervios en origen y centro de todos los fenómenos de la inteligencia y de la voluntad; de manera que para este filósofo los nervios son todo el hombre. Pero ¿qué es el principio vital para Cabanis? Cuatro eran las opiniones que habia sobre esta cuestion. Unos creían que la vida no era mas

que el resultado de las fuerzas generales de la naturaleza, mecánicas, químicas, ó procedentes de las fuerzas imponderables, como la luz, el calor, la electricidad, etc.; descubriendo sus efectos en razon de nuestro particular organismo. Otros rechazan esta opinion, y suponen la existencia de una fuer.a especial, que constituye la vida, y está en pugna y en antagonismo con dichas fuerzas generales de la naturaleza; pero sin querer reconocer un principio; y esta es la opinion de Bichat. Otros no se limitan á reconocer esta fuerza especial que constituye la vida, sino que reconocen mas, reconocen un principio; pero sin caracterizarle ni decir cuál es su naturaleza; y esta es la escuela de Montpellier. Y finalmente, tenemos la teoría de Stahl, que, no solo reconoce este principio, sino que le caracteriza, diciendo que es el principio espiritual; que es el alma; y á los de esta opinion se les conoce con el nombre de animistas. Cabanis, en su obra de las *Relaciones*, desecha la primera y la segunda opinion, y admite la de la escuela de Montpellier; y á este propósito dice terminantemente que «á los elementos materiales de la economía se une un principio cualquiera, que es desconocido.» Las dos primeras opiniones son materialistas, la tercera fluctúa entre el materialismo y el espiritualismo, porque reconoce un principio, pero sin decir nada sobre su naturaleza. Solo la de Stahl es francamente espiritualista. Ahora vamos á ver cómo Cabanis, que, siguiendo la escuela de Montpellier, se puso en el resbaladero, vino á pronunciarse animista. En efecto, en la carta que escribió despues de su obra de las *Relaciones*, que se titula *Carta sobre las causas primeras*, y ha sido publicada por M. Bénard, dice lo siguiente: «Que el alma ó el principio vital debe mirarse, no como el resultado de la accion de las partes, ó como una propiedad particular adherida á la combinacion animal, sino como una sustancia, un ser real, que con su presencia imprime á los órganos todos los movimientos de que se componen sus funciones; que retiene ligados entre sí los diversos elementos empleados por la naturaleza

en su composicion regular, y los abandona entregados á la descomposicion desde el momento que este principio se separa definitivamente y sin remedio.» Solo suponiendo un principio espiritualista puede tener cabida esta reflexion. A Cabanis siguió otro médico, Francisco José Broussais, quien, con algunas modificaciones, desenvolvió todo un sistema materialista, encerrándose en el estrecho campo de la fisiología.

Tambien la escuela ideológica tuvo su filósofo moralista, que fué Constantino Volney, autor del catecismo que en medio de los furores de la revolucion se puso en manos de los niños y de los jóvenes. En él sienta esta cuestion. «¿La virtud y el vicio tienen un objeto espiritual, y abstraído de los sentidos? No, responde; porque la virtud y el vicio en último análisis se refieren siempre á un objeto físico, y este objeto no es otro que el de la conservacion ó destruccion del cuerpo.» En fin, para que se forme juicio del catecismo de Volney no se necesita otra consideracion que la de ver entre las virtudes desempeñar su papel el aseo del cuerpo, mientras que no se acuerda de Dios; y dice con este motivo, y con mucha oportunidad, el baron de Penhoen, que debe ser satisfactorio á cualquiera ver tranquilizada su conciencia al salir por la mañana de su tocador.

Pero el propagador elocuente de la escuela ideológica, y que entusiasmó á la juventud con sus lecciones públicas, fué Mr. Garat. En la creacion de las escuelas normales se habia anunciado al pueblo francés una instruccion digna de sus nuevos destinos; y los miembros que se escogieron para poner al frente de la enseñanza eran lo mas escogido de la Francia. Laplace, Monge, y Lagrange figuraban en matemáticas, Bernardino Saint Pierre en moral, Sicard en gramática general, Volney en historia, LaHarpe para regentar el Liceo; y la cátedra destinada al análisis del entendimiento humano, que en aquel tiempo constituia toda la filosofía, se encomendó á Garat, ministro de Justicia y encargado que habia sido de leer su sentencia al desgraciado Luis XVI.

Este filósofo, conocido ya en la Convencion por su elocuencia, fijó las miradas de toda la juventud; y para convencerse á qué delirio se llevaban entonces las ideas condillaristas, referiré ligeramente el cuadro de la filosofía que presentó en su primera leccion. Traza brevemente la historia de la filosofía, y la hace comenzar en Bacon de Verulamio, sin hacer ni un simple recuerdo del Oriente, de Platon, de Aristóteles, de Descartes, á quienes trata de ídolos, y á sus escuelas de templos, y cuyas estátuas y altares destruyó Bacon; y despues de disminuir el mérito del mismo Bacon, se fija en Locke, y le proclama fundador de la filosofía moderna; y no satisfecho, pasa á Condillac y dice: «Llego á Condillac, y creo hallar el descanso que se busca despues de las fatigas de un camino largo; creo haber llegado á la luz, despues de haber caminado entre sombras ó por la oscuridad.» Condillac, á los ojos de Garat, es un genio, y su pensamiento es el límite á que puede llegar el espíritu humano. En seguida trata de las facultades del entendimiento, y las reduce todas á la sensacion trasformada; llegando su delirio á deducir las ideas de vicio y de virtud de las emociones de placer y dolor físicos. Este fué el punto mas subido á que llegó la escuela ideológica, y la época de su mayor gloria.

A esta época pertenece Francisco José Gall, creador de la frenología. Nació en Tiefenbrunn, en el ducado de Baden, el 9 de marzo de 1758. Despues de haber hecho sus estudios médicos en Strasburgo, se trasladó á Viena, en cuya universidad recibió el grado de doctor. Por lo pronto se dedicó al ejercicio de la profesion; pero se ignora si adquirió clientela. Entonces fué cuando concibió la idea de su nuevo sistema; y como intentara dar lecciones públicas para hacer conocer su doctrina, la córte de Viena se alarmó, y un edicto imperial le prohibió continuarlas. Este incidente comenzó á darle celebridad, y aprovechándole Gall, emprendió sus viages por Europa, diciendo que iba á exponer su sistema á un pais donde el oscurantismo no le cerrase la

boca como en Austria. Fué á Berlin, dando principio á sus lecciones de frenología en 3 de abril de 1805; y no teniendo favorable acogida, se fué en el mismo año á Dresde, y desde allí á Torgau, á Woerlitz, á Halle, Copenhague, Hamburgo, Amsterdam, Leide, Francfort, Jena, Carlorhue, Heydelberg, donde encontró un serio adversario en Ackermann; Munich, Zurich y París. En este último punto expuso sus doctrinas con entera libertad; y asociado allí con su compatriota Spurzheim, dirigieron ambos sus observaciones al Instituto en forma de memoria en 14 de mayo de 1808; y como este cuerpo sábio no estuviera dispuesto á adoptar las conclusiones fisiológicas que Gall deducía de su sistema, dirigió en lo sucesivo al público sus obras. Por lo pronto tuvo partidarios, y hasta hubo una especie de entusiasmo por sus doctrinas; mas este triunfo duró poco y concluyó por caer en un absoluto desprecio. La teoría de Gall es muy sencilla. Unos miran el cerebro, no como principio de nuestras facultades, sino como condicion para su desenvolvimiento. Por lo contrario, otros suponen que el cerebro es el origen de todas nuestras facultades, y le reconocen como único productor simultáneo de todas ellas. Gall se inclina á lo primero, pero en lo segundo se separa, es decir, no se muestra hostil á que el cerebro sea el origen de nuestras facultades, pero no quiere considerarle como un órgano que obre en conjunto para producirlas; sino que le subdivide y localiza los órganos, poniendo otros tantos como fenómenos psicológicos presenta nuestra alma en su desenvolvimiento; y de esta manera, divide el cráneo en regiones y departamentos, cuyas regiones y departamentos se hacen sentir al tacto por medio de las protuberancias; y así, aparecen en descubierto los grados de inteligencia, las afecciones, las inclinaciones y el misterio que encierra la vida de cada hombre. Una sola reflexion nos basta para poner las cosas en su verdadero punto de vista. Gall, valiéndose de su teoría, ha dividido el cráneo en cuatro regiones; y mientras vivió, estuvo todos los

días haciendo nuevos descubrimientos, hallando nuevos órganos, no bajando ya de veinte á treinta; y es cosa singular que jamás encontraron, ni Gall ni Spurzheim, un órgano que correspondiera á la voluntad, que es precisamente la facultad predominante del alma, que es la que constituye el poder activo, que es la que verdaderamente se llama el Yo. Además, cuantas mas divisiones y subdivisiones se hagan en la masa encefálica, cuantas mas protuberancias se descubran, cuantas mas facultades se localicen, tanta mayor es la necesidad de reconocer un principio espiritual que de una manera simultánea concorra á todas partes, para dar la unidad que la conciencia nos descubre en nuestros pensamientos, en nuestras afecciones y en nuestras voliciones, y principio que, en medio de la infinita variedad de todos los fenómenos psicológicos, aparece también á nuestra conciencia siempre idéntico y siempre activo. De manera que, cuanto mayores sean los adelantos que Gall ó su escuela hagan en su teoría, tanto mas se justifica la causa del espiritualismo, porque tanto mas necesario es el principio uno, idéntico y activo, cuanto mas se multipliquen las localidades que se consideran como origen de cada facultad, á no suponerse en nuestro cerebro una anarquía espantosa. Si los frenólogos se limitáran á localizar los órganos como órganos, sin destruir el poder personal, entonces la frenología no seria mas que la fisiología de la cabeza; y sus predicciones sobre los instintos y tendencias, segun el desarrollo de los mismos órganos, podrian ser objeto de presunciones fundadas sobre la índole y carácter de las personas; pero si á esos mismos órganos se les quiere convertir en origen de esas tendencias é instintos, entonces el hombre se reduce á una máquina de resortes, y la sociedad no tiene derecho á castigar á los asesinos y parricidas, porque estos infelices son victimas de una necesidad, de un fatalismo irresistible, nacido de su organizacion; y de esta manera, la libertad, la moralidad de las acciones, la Providencia, son palabras vacías de sentido, y quedan

;

destruidas por su base las creencias del género humano.

Jeremías Bentham nació en Londres, y es uno de los filósofos publicistas de mas crédito en este siglo. En sus estudios, en sus viages al continente, en sus relaciones, en sus ideas y en su odio á los abusos, fué Bentham un fiel discípulo de la filosofía del siglo XVIII; y lo que constituye su especialidad es, que aplicó á la legislación el principio de utilidad con un tino práctico tan delicado y una observacion tan sagaz de todos los fenómenos psicológicos, que ha llamado la atención de todas las naciones cultas y ha influido poderosamente en la formacion de sus códigos. Fiel discípulo de Bentham, Melchor Gioja, filósofo de Placencia, en Italia, publicó unos elementos en filosofía, que han merecido mucha aceptación en su patria bajo las bases mismas sentadas por el filósofo inglés, si bien Gioja miró como punto principal de sus estudios y de sus obras la economía política. Dentro de su patria tuvo Bentham un defensor y propagador de sus doctrinas en Jacobo Mill, filósofo escocés, que, si bien se inclinó en un principio por la filosofía de Platon, la dejó, y se adhirió á la de Bentham, consagrándose á la propagacion y perfeccionamiento de sus doctrinas en varias obras que publicó con este objeto, escribiendo artículos notables en las *Revistas de Westminster* y de *Edimburgo*, y en la *Enciclopedia británica*, además de otras varias obras.

Tres son, segun se ve, las escuelas que aparecieron en este período: la escuela ideológica, la escuela frenológica y la escuela utilitaria; mas presentándose en la escena Royer Collard, fué el primero que en sus lecciones públicas, celebradas desde 1811 á 1814, aplicó en Francia de una manera filosófica su hacha para cortar el árbol frondoso del empirismo, levantado por el siglo XVIII. La historia de su destruccion y la creacion de un nuevo sistema serán objeto de la tercera parte de esta obra.